

**EL QUIJOTE
EN CLAVE DE MUJER/ES**

Las mujeres lectoras en el Quijote

Asunción Bernárdez Rodal
Universidad Complutense de Madrid

Al pensar en las mujeres lectoras ha venido enseguida a mi imaginación el óleo «Virgen de la Anunciación» de Antonello de Messina, pintado alrededor de 1477. En él aparece el retrato de una mujer leyendo un libro que descansa sobre una escribanía y cuyas hojas parecen estar en movimiento. Sabemos que es una Virgen porque el título de la obra así nos lo indica; sin embargo, lo que vemos es una mujer corriente tocada con un paño azul, sin ningún contexto y que no fija sus ojos ni en el libro ni en los que la contemplamos, ya que su desconcertante mirada se pierde en el ángulo izquierdo del cuadro. No hay ángeles, no hay rayos divinos, no hay trompetas ni oropeles, pero algo llama la atención sobremanera: su mano derecha ligeramente levantada hacia nosotros, y aunque no nos mire, nos conmina a mantenernos en nuestro sitio: ella está allí, leyendo seguramente a la luz de una vela, y nos hace sentir que la hemos importunado (¿o tal vez la llegada del Ángel?). Su mano se convierte en una especie de puerta, de frontera, de línea de demarcación: allí está ella en su intimidad, con su libro, y aquí estamos nosotros, extrañamente integrados en su momento; porque esa mano no es límite, sino una frontera porosa que permite la traducción entre su momento y su espacio y nuestro momento y nuestro espacio de contem-

plación, resumiendo así lo que implica un acto de lectura: intimidad, tiempo propio, pero también inmersión es un espacio codificado, un lugar social, un espacio dialógico tejido por las prácticas, los usos y la puesta en escena del propio acto de lectura.

Pienso ahora en la otra obra tal vez más famosa de Antonello de Messina: «San Jerónimo en su estudio», posiblemente de 1456, donde aparece representado un hombre de letras. Se trata de una tabla de arquitectura compleja, un espacio interior elaborado que sitúa al espectador en un claro «afuera»: vemos al estudioso desde lejos, mientras él sigue leyendo absorto y majestuoso ignorando nuestra presencia. Podríamos acceder a su estancia, pero los peldaños de la puerta están flanqueados por una perdiz y un pavo real: el espacio claramente le pertenece sólo a él¹. Su intimidad y su aislamiento están resguardados por toda una geometría perfecta. Los libros esta vez son varios y de gran tamaño, libros que se mezclan con objetos cotidianos. Hay en este cuadro una intimidad protegida, pero también hay una salida al mundo a través de las ventanas... San Jerónimo no es importunado por nosotros ni por nadie, está seguro en un mundo creado para él. El contraste entre ambos cuadros puede darnos una idea de la diferencia genérica respecto a la lectura en el período renacentista.

El misterio de la Anunciación con la Virgen leyendo constituye un tópico de nuestra iconografía: leen las Vírgenes de Fra Angelico, la de Memmlin, la de Giotto di Bondone, la de Boticelli, la de Jean Van Eyck, la de Leonardo, y siguen leyendo las Anunciaciones de El Greco o la de Berruguete. Pero ¿qué leen estas mujeres así representadas? ¿Qué lee la Virgen de Messina? Seguramente libros de devoción, o esto, al menos es lo que se ha encargado de hacernos entender la tradición interpretativa de este tipo de obras. ¿Y qué lee en cambio San Jerónimo? Seguramente obras «de tradición culta» representado su valor simbólico por la cantidad e incluso el tamaño de los libros que está manejando. Ambas imágenes me sirven así

¹ El propio San Jerónimo habló del carácter simbólico de la perdiz: «Así como la perdiz, que junta los huevos e incuba los pollos que no han resequirla, así el varón impío posee riquezas contra derecho, teniendo que dejarlas en el mejor de sus días». Del pavo real es conocido su simbolismo como representación de la totalidad, la inmortalidad y el alma incorruptible.

para ejemplificar los tópicos más conocidos y manidos sobre la **diferencia** de género de las mujeres lectoras en la Baja Edad Media y el **Renacimiento**: las mujeres leen libros de devoción, mientras que los hombres **acceden** a todos los libros que podemos pensar que compondría un **determinado** canon cultural. Las lecturas de las mujeres son atemporales porque **tienen** que ver con el dogma y suponen una suspensión del tiempo y el espacio del texto. Son textos «verdaderos», incuestionables... textos para aprender, para «rumiar» en voz baja, textos que pueden formar parte de letanías constantes, monotemáticas y circulares. Para San Jerónimo los libros son otra cosa: hablan de religión, de tradición, son un diálogo con la historia y con otras voces que hablan a través de ellos.

Las mujeres leen (y deben leer) libros que tienen que ver con el culto religioso, me atrevería a decir como lectura única, como objeto precioso y tal vez «poco dañino» para la mente de las mujeres, que conforma el hecho de que en la medida en que avanza la Edad Media hacia la Modernidad, la mujer va perdiendo cada vez más el derecho a ocupar espacios públicos como las Universidades o a ejercer el gobierno público y un largo etcétera². Libros religiosos e intimidad para las mujeres, y libros de todo tipo y espacio público para los hombres serán las líneas normativas que demarquen el territorio apropiado a la realización personal y a la experiencia de hombres y mujeres.

Hasta aquí el estereotipo, pero sabemos más cosas, como por ejemplo, que la normatividad genera siempre disidencias. Así podríamos hacer una historia de las mujeres construida a partir de las acciones que implicaban oposición al modelo dominante: por un lado está la norma, el ideal al que se debe tender y que la mayoría de las mujeres quiere alcanzar, pero por otro, están los recursos para las acciones indirectas, para el camuflaje cultural, para la subversión y para la creación de mundos propios. En la tradición literaria medieval hay historias suficientes para poder subvertir el estereotipo. Por ejemplo, hay representaciones de la lectura «ociosa» de las mujeres, al menos de las clases acomodadas, como podemos comprobar en el *Yvain* de Crétién de Troyes, donde en el verso 5366 se nos describe a una joven de dieciséis años que lee a sus padres en el jardín un «romanz», y en Bernardo Ventador y en Marie de France

² Vid., J. Varela (1997).

(Yoncc) se habla también de mujeres lectoras, es decir, mujeres que se oponen al ideal no tanto de mujeres que «no deben saber leer», sino mujeres que «deben controlar lo que leen». Porque leer ha sido una señal de clase, un rasgo distintivo de pertenencia a las clases privilegiadas³, por eso las mujeres leen, pero no cualquier cosa.

EL CAMBIO COMUNICATIVO DEL RENACIMIENTO

Pero, ¿qué ocurre en la época de Cervantes? ¿Se han agudizado los controles que ya se dibujaban en la Edad Media sobre los libros que leen las mujeres, o éstos se encuentran en plena crisis y transformación? ¿Qué postura tiene Cervantes respecto a la lectura de las mujeres? ¿Le preocupó el tema o simplemente hizo alusiones circunstanciales a la cuestión de las mujeres y los libros? ¿Es sólo para él una cuestión de clase ante la que permanece ambiguo? Tal vez son demasiadas preguntas, pero un libro como *Don Quijote*, que intento leer en clave de comunicación⁴, tiene que soportar preguntas como éstas, ya que no en vano es el libro que mejor refleja las contradicciones de un mundo que no hacía demasiado tiempo que había transformado sus sistemas de comunicación tradicionales con el invento de la imprenta, mientras se agrandaban de una manera impensable las fronteras del mundo, sobre todo con el descubrimiento de América y la consiguiente colonización.

Nuestra época tiene un paralelismo con la de Cervantes en cuanto estamos viviendo una de las revoluciones comunicativas más importantes en la historia de la humanidad, sin embargo, la revolución actual ha generado consecuencias diversas a las que tuvo en la época cervantina en varios sentidos. Una cuestión muy importante es cómo las tecnologías de la comu-

³ En la Edad Media la alfabetización formaba parte del adiestramiento de las clases altas en general, si bien, como varios autores (Américo Castro, por ejemplo) han señalado, en España por la cuestión de los conversos, desde los nobles a los plebeyos se jactaran en algún momento de su poca formación como señal de limpieza de sangre.

⁴ El tema de la lectura como preocupación fundamental en la obra cervantina está claramente señalado por autores como Noel Salomón: (1974), p. 24 «La preocupación de Cervantes por el lector es innegable (surge de vez en cuando en la trama del *Quijote*), y también se puede divisar la sombra del público en géneros tan antitéticos como la novela pastoril y la picaresca».

dos, y desde luego uno de los que a mí más me interesa es precisamente cómo medita sobre un cambio cultural que Cervantes vive como autor (seguramente también como lector) en todas sus contradicciones, desvelos y hasta perversiones.

El período cervantino es contradictorio respecto a los libros. Por un lado, se había consolidado ya el desarrollo de la imprenta y los libros circulaban en una variedad y abundancia nuevas, mientras la adquisición de la técnica lectora era algo deseable para toda la burguesía europea. En esos momentos, la lectura como técnica estaba pasando ya de una forma cada vez más definitiva a la esfera de lo individual⁶, como vía de desarrollo personal y subjetivo de esa identidad nueva centrada en el «yo» moderno. De ahí la importancia que adquieren en el momento las declaraciones y las advertencias preliminares, los prefacios que los autores dan a su público lector, y que dejan traslucir su grado de temor de ser malinterpretados por una parte, y por otra, conscientes tal vez de que la interpretación es una cuestión individual, porque en ese momento los libros eran ya cada vez menos textos de autoridad que sólo una elite puede interpretar, y cada vez más, textos de autores que tienen nombre y apellido, que hasta pueden vivir de la literatura y cuya interpretación corre siempre el riesgo de escaparse de los controles doctrinarios tradicionales. Los autores de la época cervantina, con tanta disculpa, con tanto autocontrol, dejan entrever que leer es poder, o como más apropiadamente decía Foucault, el lenguaje no representa la lucha por el poder, es el poder mismo⁷.

En ese contexto, preocupaban los libros doctrinarios, pero preocupaba el control de la literatura de ficción en unos momentos en que los límites entre ambas, seguramente no estuvieran tan separados como en nuestros días⁸, y si hay algún género que sin ambigüedad tenga el estatuto

⁶ No nos podemos alargar aquí en la cuestión sin duda fundamental sobre la cuestión de la oralidad y la escritura que de manera tan interesante ha desarrollado por ejemplo M. Frenk (1997), así como un libro ya clásico sobre la historia de la lectura como el dirigido por Cavallo, Guglielmo y Chartier, Roger (1998).

⁷ *Vid.*, M. Foucault (1978).

⁸ No en vano la primera obra poética de autor, *Los milagros de Nuestra Señora de Berceo*, muestra ya esta ambigüedad entre realidad y ficción, pragmatismo y trascendencia.

de ficticio es sin duda el de los Libros de Caballerías, leídos no sólo por los sectores cultos como caballeros, hidalgos y letrados, sino por aquellos que se incorporaban más lentamente a la alfabetización como los comerciantes y artesanos o incluso labradores acomodados. Fueron estos libros los que, al margen de su calidad literaria puntual, apasionaron a públicos diversos y consiguieron una continuidad en el tiempo no alcanzada por ningún otro género.

Un tópico de la crítica literaria es el de que las mujeres eran grandes lectoras de Novelas de Caballerías, tópico basado en algunos datos como por ejemplo, el conocimiento de que Isabel la Católica poseía en su biblioteca *El Caballero Cifar* y *La demanda del Santo Grial*, o que Santa Teresa de Jesús fue aficionada a su lectura y que junto con su hermano llegó a escribir uno titulado *El caballero de Ávila*. Pero sin duda fue Rodríguez Marín⁹ quien contribuyó con su crítica a la divulgación de esta idea, al comentar la presencia de la alusión a los Libros de Caballerías que aparece en *La perfecta casada* de Fray Luis de León. Me resulta muy curiosa la lectura que la crítica ha hecho del pasaje, y me temo que se haya aplicado a su vez otro tópico de la lectura de mujeres desarrollado sobre todo en el siglo XX: la idea de que las mujeres somos aficionadas a las historias de amor y las novelas rosas. Si vamos al texto de Fray Luis, encontramos una cita en el capítulo V dedicado a ensalzar la laboriosidad con la aguja y los trabajos caseros de las mujeres, que dice así:

Así que, traten las duquesas y las reinas el lino, y labren la seda, y den tarea a sus damas, y pruébense con ellas en estos oficios, y pongan en estado y honra aquesta virtud; que yo me hago valiente de alcanzar del mundo que las loe, y de sus maridos, los duques y reyes, que las precien por ello y que las estimen; y aún acabaré con ellos que, *en pago deste cuidado, las absuelvan de otros mil importunos y memorables trabajos con que atormentan sus cuerpos y rostros, y que las excusen y libren de leer en los libros de caballerías*¹⁰, y del traer el soneto y la canción en el seno, y del billete y del donaire de los recaudos, y del terrero y del sarao, y de otras cien cosas de este jaez, aunque nunca las hagan.

⁹ *Vid.*, Rodríguez Marín (1921).

¹⁰ La cursiva es mía.

Es decir, lo que vemos aquí es la descripción de uno de los trabajos con los que las mujeres «atormentan sus cuerpos y sus rostros» el de leer seguramente en voz alta para el marido o para la familia novelas de caballerías, canciones, etc. De lo que está hablándonos Fray Luis es precisamente de que en la educación de las mujeres de las clases elevadas, la alfabetización era una habilidad necesaria para el buen gobierno del hogar. Lo que no vemos en esta cita es que Fray Luis piense que este tipo de lecturas pueda proporcionar placer a las mujeres... ¿Tal vez porque piense que la perfecta casada sólo puede apreciar las lecturas religiosas? En fin, estamos en pleno bucle interpretativo: lo que Fray Luis juzga a través de sus propios prejuicios, y el prejuicio de la crítica, que ha construido la idea de que las Novelas de Caballerías serían preferidas por las mujeres, porque hablan de amores y pasiones románticas, tópico que hoy sigue vivo por ejemplo en el cine y que dice que las mujeres preferimos las comedias románticas y los hombres la acción y la aventura.

EL CONTEXTO SOCIOLÓGICO

Para intentar aclarar todos estos tópicos, que como tales no sabemos qué rastro de verdad queda en ellos, es necesario hacer una alusión al contexto sociológico del momento cervantino, y hacer alguna referencia a cuestiones como, por ejemplo, quiénes sabían leer o quiénes tenían dinero para comprar libros.

Algunos trabajos históricos hablan de alrededor de un ochenta por ciento de analfabetos, repartidos de manera no uniforme entre el campo y la ciudad, y los que leían poseían un determinado bienestar social. El desarrollo de la literatura cortesana hace pensar que durante el siglo XVI era este sector el que tenía un mayor acceso a la compra de libros, pero conforme avanza el siglo, hay amplios sectores que se incorporan a su consumo, empujados tal vez por la necesidad de saber leer para controlar sus negocios cada vez más complejos. Así, los altos funcionarios, el clero, las profesiones liberales, parte de los mercaderes y artesanos, pero también los agricultores ricos sabrán leer en el siglo XVI. Leer es una cuestión de clase, pero ¿qué pasa con la variable de género? Hasta hace muy poco los estudios no se han ocupado de esta cuestión, aunque en

los últimos tiempos disponemos de algunos que se aventuran a proporcionar una serie de datos, como el de Pedro Cátedra y Anastasio Rojo, que a partir del análisis de datos extraídos de inventarios *post mortem* de bibliotecas de mujeres, comentan cómo alrededor de un once por ciento de mujeres sabían leer. Los autores nos comentan que tal vez estos datos no son traspasables a todo el territorio nacional, porque la ciudad de Valladolid era una ciudad eminentemente de servicios, y las mujeres seguramente aprenderían a leer por la necesidad de ayudar en los negocios de sus maridos. En todo caso, estos inventarios nos dibujan mujeres más activas de lo que hasta ahora se pensaba a la hora de participar en la vida cultural y económica de una ciudad. Son mujeres que en muchos casos se hacen con los negocios de sus maridos fallecidos, que siguieron gobernando sus haciendas hasta el final de su vida, y cuyo testimonio ha ido arrojando una gran luz, sobre todo a través de investigaciones como la de Cátedra y Rojo¹¹.

LECTURA DE MUJERES ¿LECTURAS PIADOSAS?

Si decimos que las mujeres eran educadas para cumplir su papel, y que ese papel tiene un rasgo común para todas las mujeres sean de la clase que sean: el de ser buenas esposas dedicadas al hogar, no decimos nada nuevo. Tal vez uno de los manuales de educación de mujeres más influyente del Renacimiento ha sido el de Vives *Institutio feminae christianae*, que argumenta que la educación de las mujeres debe oscilar únicamente entre el hogar y lo piadoso:

[...] considere en ella dos fines: el uno, la religión o servicio de Dios y el otro el gobierno de la casa; y conforme a ellos, procure hazer que sea sabia y experimentada en las doctrinas virtuosas y en los ejercicios que ha menester quien ha de ser señora de su casa» [...] «Pues, comenzando a leer a la niña, comiencese solamente de algunos libritos santos y llenos de muy buenos documentos, porque aprenda juntamente los principios de las letras y las reglas de la bondad. De la mesma manera, enseñándola a escribir, le den por materia no algún verso vano o lleno de mal

¹¹ P. Catedra y A. Rojo (2004).

olor, sino alguna bravecita sentencia, sacada de los libros que dixe o de preceptos de buenos filósofos, para que, escriviéndola muchas veces, la imprima y conserve en la memoria.

Y también recomendaba a los esposos en *De officio mariti* enseñar a la esposa las letras clásicas y conseguir que éstas no leyeran historias de amores y caballerías, pero también era peligroso que a las mujeres les diera por leer teología o filosofía, exceptuando a autores como Jenofonte, Plutarco, Platón o Aristóteles, tal vez en la línea de Erasmo que en su diálogo *Abatis et eruditae* sugería que los peligros que suponía la ociosidad de las mujeres, podían ser conjurados entreteniéndolas con la lectura de los clásicos.

Hemos dicho ya que la lectura es poder, y por eso el control sobre las lecturas de las mujeres se encuentra totalmente manifiesto en todos estos libros de educación del siglo XVI. Son muchos los ejemplos que documentan Cátedra y Rojo en su trabajo, pero recogeremos sólo el de 1552 del dominico Antonio de Espinosa escribió en sus *Reglas de bien vivir muy provechosas (y aun necesarias) a la república christiana*, donde recomienda vivamente que los niños aprendan a leer, ya que esto es fundamental para su independencia, pero cuando habla de las niñas dice:

Si no fuere tu hija illustre o persona a quien le sería muy feo no saber leer ni escrevir, no se lo muestres, porque corre gran peligro en las mugeres baxas o comunes el saberlo, assí para rescribir o enviar cartas a quien no deven, como para abrir las de sus maridos, y saber otras escripturas o secretos que no es razón, a quien se inclina la flaqueza y curiosidad mugeril. Y assí como arriba te avisé que al hijo le muestres leer y escrevir, assí a la hija te lo viedo porque cosas ay que son perfección en el varón, como tener barvas, que serían imperfección en la muger¹².

La educación de las mujeres en la Baja Edad Media respondía al modelo de dos caras pergeñado en la doctrina cristiana: el modelo de Eva y de María. Eva es débil ante sus pasiones, maligna y representa una tentación para los hombres, y María la cara amable de la feminidad al servicio de los

¹² Citado en P. Cátedra y A. Rojo (2004), 53.

otros¹³. A las mujeres se les presupone una especie de inmadurez congénita, y por eso su educación estaba más orientada a conseguir la docilidad en su carácter, que a aumentar sus conocimientos. Es más, el conocimiento es peligroso porque puede suponer una desviación potencial al dominio masculino. Esta mentalidad viene impuesta desde varios lugares: desde el hogar donde la mayoría de las mujeres eran formadas por otras mujeres, al margen de la clase social a la que pertenezcan, desde los púlpitos y las instituciones religiosas, y sólo en casos puntuales de clases altas por los preceptores.

Las mujeres de clase alta, pese a todo, leían en su mayoría, pero leían unos libros que tenían una auténtica etiqueta comercial, y una forma determinada. Casi siempre eran libros de formato pequeño y manejable escritos en lengua romance y cuyo contenido eran una auténtica miscelánea de textos religiosos. Es un género que acabó imponiéndose en el siglo XVI, que continúa una tradición religiosa desarrollada a lo largo de varios siglos en latín. Los libros de las horas era un tipo de texto de gran divulgación, así como la *Biblia*, la *Liturgia Canonística*, sobre órdenes religiosas y militares, y también libros de catequesis y doctrina cristiana, hagiografía y milagros, de espiritualidad y oración, de confesión, de teología moral, de *ars bene moriendi* y de exégesis y teología.

He dicho ya que no hay norma sin disidencia, y eso atestiguan las pocas mujeres escritoras o cultas de la época, o incluyo aquellas para las que la lectura fue un proceso de aprendizaje lento, pero sobre todo solitario. Jerónimo Román de la Higuera cita en su libro *Repúblicas* el caso siguiente:

Yo vi una señora illustre en Portugal, llamada doña Cecilia de Ça, muger de Luys César, del Consejo del Rey, proveedor general de las armas de aquella corona, que nunca la enseñaron a leer, más que a conocer las letras, y ella las juntó por sí y vino a leer, tan diestramente la lengua latina, castellana y portuguesa como yo; y como su padre no permitiese que aprendiese a escribir, por las letras que hacía en cosas de red y en otras labores con la aguja vino a escribir de manera que escribe lo que quiere con mucha facilidad.

¹³ *Vid.*, C. Segura Garafño (1996), p. 63.

De nuevo hasta aquí el tópico, lo normalizado... pero ¿qué hacían **las mujeres** de carne y hueso? En la práctica, seguramente alternarían los **libros piadosos** y las obras de ficción y poéticas de una manera mucho más libre que la prevista por autores que reflexionan sobre la educación de las mujeres y que muestran el temor patológico de una sociedad a sus mujeres. Un ejemplo lo tenemos en *Don Quijote*, que es un libro que, curiosamente, no refleja la lectura piadosa de la que los teóricos hablaban como forma más adecuada de la lectura de las mujeres, pero sí aparecen mujeres lectoras de Caballerías, pero, sobre todo lectoras de cartas de amor.

LAS MUJERES QUE LEEN EN *DON QUIJOTE*

En *Don Quijote* aparecen varias mujeres lectoras, y las que lo son pertenecen a las clases elevadas: sabe leer la Duquesa como representante de la nobleza; pero sabe también leer Dorotea, hija de un labrador rico; también sabe Luscinda, y la rica mora Zoraida está alfabetizada. Se dibuja así una cuestión fundamental: en la época de Cervantes, la alfabetización para las mujeres es claramente una cuestión de clase. Se podrá argumentar que también para los hombres, afirmación con la que no se puede estar en desacuerdo, pero que hay que matizar diciendo que un hombre que pertenecía a las capas más bajas de la sociedad tenía, en relación con las mujeres, un acceso más fácil al mundo del texto escrito. Lo vemos también en el libro de Cervantes: los pajes saben leer, aunque sea ésta una actividad que forma parte de sus «habilidades» profesionales. Para las mujeres de clase alta, saber leer era un requisito imprescindible, si bien este requisito estaba limitado y controlado por las necesidades del hogar o el apoyo a las necesidades del negocio del marido.

Uno de los personajes femeninos más interesantes, y en los que podemos rastrear una actitud hacia lo escrito es de Dorotea, una **mujer** que ha dejado su vida cotidiana tras sufrir un desengaño amoroso, después que su amante, Fernando, hijo de un grande de España, la abandona para casarse con la bella Luscinda. Dorotea es un personaje **femenino** (diría que como todos en esta obra cervantina) de carácter fuerte, que **sabe** tomar sus decisiones y cumplir el papel que considera oportuno hasta el final. No son pusilánimes ni débiles las mujeres del *Quijote*; se pueden

lamentar de sus amores, pero siempre están haciendo algo para intentar cambiar su condición. Es esto una cosa curiosa en el *Quijote*, porque en un primer momento, podría parecer que recoge y conecta con la tradición misógina de la literatura, sobre todo a través de los dichos y frases hechas que sus personajes utilizan para referirse a las mujeres, o incluso en lo prototípico del personaje de Dulcinea como parte de una tradición literaria, sin embargo, sus mujeres son activas y de carácter fuerte, actúan y opinan con independencia, y están muy lejos de ser las muñecas hermosas que la lírica petrarquista había ido dibujando en la tradición literaria.

A Dorotea (I, 28), entonces, la define su condición de mujer despechada que sale de su hogar vestida de hombre y va en busca de la restitución de su honor. Pero Dorotea se caracteriza además por tener un discurso propio sobre sus motivaciones, sus deseos, tener una «tan suelta lengua» y sobre todo, saber quién es, qué lugar ocupa en la sociedad, dibujándose un retrato comprensible de mujer que cumple con la normatividad exigida a las mujeres de su condición: es hija única de un labrador rico, y es ella en realidad la que administra su hacienda:

Y del mismo modo que yo era señora de sus ánimos, así lo era de su hacienda: por mí se recibían y despedían los criados, la razón y cuenta de lo que sembraba y cogía pasaba por mi mano, los molinos de aceite, los lagares de vino, el número del ganado mayor y menor, el de las colmenas. Finalmente, de todo aquello que un tan rico labrador como mi padre puede tener y tiene, tenía yo la cuenta, y era la mayordoma y señora, con tanta solicitud mía y con tanto gusto suyo, que buenamente no acertaré a encarecerlo.

Dorotea es la mujer del buen gobierno capaz de administrar no sólo las tareas sino también su tiempo libre, porque desde luego, los roles sociales no descansan nunca, así dice que:

Los ratos que del día me quedaban, después de haber dado lo que convenía a los mayorales, a capataces y a otros jornaleros, los entretenía en ejercicios que son a las doncellas tan lícitos como necesarios, como son los que ofrece la aguja y la almohadilla, y la rueca muchas veces; y si alguno, por recrear el ánimo, estos ejercicios dejaba, me acogía al entretenimiento de leer algún libro devoto, o a tocar un harpa, porque la

experiencia me mostraba que la música compone los ánimos descompuestos y alivia los trabajos que nacen del espíritu (I, 28).

Dorotea se dibuja a sí misma como un dechado de virtudes de la época porque, en realidad, está tratando de justificar su comportamiento «desviado» al no haberse resistido con la violencia oportuna a la invasión de su intimidad por parte de don Fernando. Para entretenerse manifiesta leer libros devotos o tocar el arpa pero, sin embargo, nuestro personaje es una mujer que tiene poco de convencional: gobierna su casa y emprende un camino de solitaria acción para conseguir restituir su honor y que el hombre que ha conseguido meterse en su cama, cumpla su palabra de matrimonio. Es una mujer, en definitiva, no sólo normativa, es audaz y atrevida. Este dechado de virtudes se humaniza completamente en el capítulo siguiente, cuando se presta a colaborar en el engaño que le están preparando a don Quijote para que vuelva a su aldea, porque, según manifiesta, no sólo lee libros devotos, sino que confiesa ser una gran lectora de libros de caballerías, hasta el punto de poder reproducir sus formas.

A lo cual dijo Dorotea que ella haría de doncella menesterosa mejor que el barbero, y más, que tenía allí vestidos con que hacerlo al natural, y que la dejasen el cargo de saber representar todo aquello que fuese menester para llevar adelante su intento, porque ella había leído muchos libros de caballerías y sabía bien el estilo que tenían las doncellas cuitadas cuando pedían sus dones a los andantes caballeros (I, 29).

La labradora se convierte así, por voluntad y fingimiento, nada menos que en la princesa Micomicona de Etiopía, y parte del mundo creado a base de voluntad e imaginación de don Quijote, quien desde luego, no sólo cambia su propio mundo, sino el de todos los que le rodean.

Otra maestra del fingimiento parece ser también Luscinda, el otro polo femenino de estas convencionales historias de enredos de amor que se desarrollaban entre cuatro personajes. Luscinda también sabe leer. Lo sabemos por boca de su enamorado Cardenio: «Acaeció, pues, que habiéndome pedido Luscinda un libro de caballerías en que leer, de quien era ella muy aficionada, que era el de Amadís de Gaula» (I, 24), y esta es precisamente la garantía para don Quijote de la gran valía que esta mujer tiene:

— Con que me dijera vuestra merced al principio de su historia que su merced de la señora Luscinda era aficionada a libros de caballerías, no

fuera menester otra exageración para darme a entender la alteza de su entendimiento; porque no lo tuviera tan bueno como vos, señor, lo habéis pintado, si careciera del gusto de tan sabrosa leyenda.

Luscinda es también una mujer que no acata la determinación de sus padres de casarse con el hombre de su misma clase que le marcan, y toma la firme decisión de morir nada más celebrarse el matrimonio. Nota y daga están escondidos entre sus ropas y es a través de una nota escrita y camuflada en el *Amadís* con la que anima al cobarde Cardenio a pedir su mano.

En el capítulo 40 de la Primera Parte, Cervantes nos presenta otra joven alfabetizada: la mora Zoraida, que desea abandonar a su padre y hacerse cristiana. Para ello, va dando dinero a unos prisioneros cristianos propiciando su liberación. Elige a uno de ellos para casarse y vivir con él en España. De nuevo estamos ante una mujer que marca un destino individual y personal para su futuro al margen de la autoridad paterna. Ama a su padre, pero no es suficiente; ella siente que tiene que huir y convertirse en cristiana, y no duda en traicionar y abandonar lo más querido hasta ese momento. Zoraida también lee, en árabe, por supuesto, pero es curiosa la modernidad que representa frente a las mujeres cristianas, subvirtiendo el estereotipo cultural que podamos tener en este momento.

En definitiva, estamos ante mujeres alfabetizadas que continuamente desafían el destino que sus familiares tienen pensado para ellas. Mujeres que saben cómo subvertir los estereotipos dominantes, sin abandonar del todo el mundo que las rodea. No son «revolucionarias» ni personas situadas al margen del sistema, y lo interesante es comprobar cómo consiguen saltarse la norma, sin renunciar a vivir en un mundo normativo. Personajes que se alejan del mundo para volver luego a integrarse en él una vez restituido el orden en sus vidas. Es siempre una discusión eterna pensar cuánto había de realidad y cuánto de ficción en estos retratos de mujeres que hizo Cervantes, y tal vez nunca lleguemos a saberlo. Pero una cosa está clara para mí: las mujeres han tenido que viajar siempre hacia los confines de la normatividad para luego poder resituarse en el centro y no caer en la marginalidad. Tal como Cervantes supo contar, sus viajes son viajes puntuales, que duran un tiempo limitado, en muchos casos guiados por el impulso amoroso, pero son viajes que no dejan a las mujeres como

estaban. Si algo ha ido cambiando lentamente a lo largo de la historia, en las condiciones materiales y en la representación simbólica de las mujeres, ha sido gracias no sólo a las luchas materiales, sino a este tipo de viajes literarios, imaginativos, que, de una manera consciente o no (eso ya nos da lo mismo), muchos autores como Cervantes han representado en sus obras. Las mujeres lectoras del *Quijote* leen a pesar de una normatividad que les niega el derecho al placer y al gobierno del propio cuerpo. Pero a pesar de todo leen. En la ficción y seguramente en la realidad. Otra cosa es la conexión perversa y devaluadora que la crítica ha hecho de las lecturas «femeninas» a través del tiempo.

LAS MUJERES Y LA FICCIÓN

Como he desarrollado en otro lugar¹⁴ he entendido siempre *Don Quijote* como una metáfora de la lectura, en la que el personaje principal, ese «Largo grafismo flaco»¹⁵, habla de todas las contradicciones, de todas las aspiraciones y desengaños de una sociedad nueva que se ha transformado radicalmente a partir del cambio de las tecnologías del conocimiento. En ese lugar desarrollé la cuestión del valor preformativo de la creencia quijotesca, y también ahí analicé someramente la relación de algunas mujeres con la ficción. Es fundamental para continuar desarrollando este punto, volver de nuevo al capítulo 32 de la Primera Parte, en el que varios personajes entablan una discusión acerca de qué es la ficción, qué mueve el interés en cada uno de ellos, o lo que es lo mismo, por qué se escuchan con agrado historias que no son verdaderas, y que en muchos casos son un acicate de las acciones humanas. No volveré sobre la cuestión de los personajes masculinos, ya que me interesa detenerme en este caso sólo en los femeninos.

Como antes he comentado también, no podemos limitar los fenómenos de recepción literaria a la lectura, porque en esos años todavía, y tal como muestra *El Quijote*, las lecturas en voz alta debían ser bastante comunes: se hacen lecturas públicas de los libros de caballerías, se leen

¹⁴ A. Bernárdez (2000).

¹⁵ M. Foucault (1971), p. 60.

los romances, los libros sagrados... sin olvidar el teatro, que era uno de los elementos fundamentales de divulgación literaria. En ese capítulo, don Quijote llega de nuevo a la posada con la comitiva que con engaños intenta devolverlo a la aldea. Con él están Sancho, el Cura, el Barbero, Dorotea, Cardenio... Mientras duerme don Quijote, el resto de la comitiva come y hablan de su extraña locura, y emergen así una serie de juicios sobre los libros de caballerías y sobre las diferencias y relaciones entre la historia y la ficción.

Aparecen ahí las opiniones del Ventero y su hija, su mujer, el Canónigo, Maritornes, completando así lo que representa don Quijote: la enajenación necesaria en todo acto de lectura, porque para don Quijote su modelo literario es un modelo de comportamiento, una guía para la acción en un mundo desordenado y sin sentido. En este proceso, don Quijote cambia de modelos a imitar. En un primer momento es Amadís, pero en la Segunda Parte, él como personaje literario, será su propio modelo, en un bucle desesperante que le lleva al hundimiento de su mundo literario. Para don Quijote la lectura es enajenación, la salida de un mundo normalizado y con un sentido. Pero esta salida del mundo, la encontramos en otros personajes: en la que hace el Ventero, su hija, su mujer y Maritornes. ¿Todo es una cuestión de grado?

Maritornes, la criada poco agraciada y poco acorde con la moral sexual de la época, se manifiesta como la defensora descarada de uno de los argumentos por los que los Libros de Caballerías eran más atacados: la narración «indecorosa» de lances amorosos donde aparece una sensualidad más o menos explícita. Maritornes dice: «[...] y a buena fe que yo también gusto mucho de oír aquellas cosas, que son muy lindas». Maritornes no participa de la moral tradicional, y ve belleza allí donde otros ven obscenidad y quebrantamiento de las normas, algo que ella practica en su vida diaria, que le permite estar más relajada respecto a las costumbres que atenazan a las damas y doncellas de clase alta. La declaración de Maritornes es verdaderamente transgresora, y Cervantes se la permite precisamente por provenir de un personaje de «baja catadura moral». Las historias de erotismo le gustan a Maritornes «aún más cuando cuentan que se está la otra señora debajo de unos naranjos abrazada con su caballero, y que les está una haciéndoles la guarda, muerta de envidia y con mucho sobresalto. Digo que todo esto es cosa de mie-

les». Cervantes no juzga, muestra un tipo de adhesión seguramente muy difundida a los libros de caballerías de mucha gente no demasiado integrada en un sistema de valores dominantes. Es un reconocimiento al goce estético, que no está tan reñido con el goce corporal como parte de la crítica más idealista nos ha intentado convencer a lo largo de la historia. El goce estético entra, al fin y al cabo, por los sentidos, y nunca en primera instancia por la razón, algo que no refleja en las opiniones del Cura, por ejemplo. Esta «exhibición de mal gusto» se la puede permitir Maritornes porque es el personaje que encarna la sexualidad descontrolada, y como tal la fealdad y la falta de valores positivos de lo femenino. Maritornes es una Eva devaluada en sus valores físicos, la bruja al margen de la sociabilidad reglada. Maritornes es el cuerpo, y como tal viene a subvertir todo un modelo generado en la poesía renacentista que cada vez más, a través de su lírica sobre la belleza intocable de las mujeres, sobre su amor imposible y eterno ha ido dejando a las mujeres sin un cuerpo físico y material. Pero el proceso no se queda ahí, sino que, a riesgo de esbozar una hipótesis arriesgada, me atrevo a decir que lo mismo le ocurre a la lectura: algo que pasa por el cuerpo, pero que tenemos que fingir y hacer que sólo pasa por la mente. Pero a muchos autores esta contradicción no ha pasado desapercibida, y son muchas las alusiones que se han hecho al erotismo de la lectura y al texto literario. Tal vez ninguno como Roland Barthes ha sabido expresar el placer erótico implícito tanto en la lectura como en la escritura. En su libro *El placer del texto* dice «Existen aquellos que desean un texto, un arte, una pintura sin una sombra, sin la “ideología dominante”, pero es desear un texto sin fecundidad, sin productividad, un texto estéril (véase el mito de la mujer sin una sombra)»¹⁶. Como podemos comprobar, es curiosa la asociación de la lectura del texto y las mujeres: ambas son misteriosas, etéreas, incomprensibles, y un largo etcétera. El hecho de considerar la lectura como algo que se realiza sólo con la mente, ha generado no pocos problemas al entendimiento de qué ocurre en los procesos de recepción, que se han mantenido en

¹⁶ R. Barthes, 1989, p. 32. Para un esbozo de la cuestión de la asociación del cuerpo de las mujeres y el texto en potencia, que tiene que ser sacado a la luz por un elemento de la escritura, véase el interesante artículo «La página en blanco y los problemas de la creatividad femenina». En M. Fe (1999).

muchos casos al margen de lo sensitivo, lo pasional por considerarlo una dimensión «poco refinada» de lo humano. Como las mujeres de carne y hueso.

Por su parte, la hija del Ventero expresa su opinión contraponiéndola a la de su padre: «No gusto yo de los golpes que mi padre gusta, sino de las lamentaciones que los caballeros hacen cuando están ausentes de sus señoras, que en verdad algunas veces me hacen llorar; de compasión que tengo». Este personaje muestra una afición a la lectura por los procesos de adhesión que generan a través de la compasión. En esta opinión parece que Cervantes está hablando de uno de los géneros de moda en la época: el de las novelas sentimentales, un tipo de ficción donde los personajes tenían un rol adjudicado del que difícilmente podían salirse. Estaban determinados por la suerte que les tocaba vivir de manera individual, y por tanto, no quedaba más remedio que llorar su mala suerte. Creo que si hay un ejemplo que contradiga este tipo de novelas es precisamente el dibujo de muchas de las mujeres que hace Cervantes en *Don Quijote*.

La Ventera también esgrime una opinión favorable sobre los libros de caballerías, no porque directamente le agraden a ella, sino porque, indirectamente, la liberan de las iras de su marido: «Y yo ni más ni menos —dijo la ventera—; porque nunca tengo buen rato en mi casa sino aquel que vos estáis escuchando leer; estáis tan embobado, que no os acordáis de reñir entonces». Es decir, los textos tienen una capacidad directa en este caso de cambiar el mundo; no es un valor teórico y etéreo, sino que entra a formar parte de las interacciones humanas.

Por último, quiero comentar sólo las actitudes de dos mujeres principales en la historia de don Quijote: el Ama y la Sobrina, que en otro momento expresan la opinión negativa sobre la ficción, porque para ellas, su realidad se ha visto claramente perjudicada por la locura del personaje. Para ellas no hay duplicidad, no hay misterio ni aventura... los libros de caballerías han arrebatado el juicio de un ser querido, que puede llevarlas además a la ruina material de su casa. Conocido es el pasaje del primer escrutinio de libros de la biblioteca de don Quijote, donde el Ama muestra un temor supersticioso hacia lo que los libros contienen (I, 6).

—Tome vuestra merced, señor licenciado: rocfe este aposento, no esté aquí algún encantador de los muchos que tienen estos libros, y nos encanten, en pena de las que les queremos dar echándolos al mundo.

Para el Ama y la Sobrina, todos los Libros de Caballerías son malos, porque acaso tengan algo o mucho de verdad, ya que ellas han visto la transformación de don Quijote, y de esa realidad, de esa locura no pueden dudar. Por eso la Sobrina se muestra como una dura inquisidora, y no quiere perdonar la vida de ninguno:

—No —dijo la Sobrina—; no hay para qué perdonar a ninguno, porque todos han sido los dañadores; mejor será arrojillos por las ventanas al patio, y hacer un rimerero dellos y pegarles fuego; y si no, llevarlos al corral, y allí se hará la hoguera, y no ofenderá el humo.

Para Ama y Sobrina, el efecto de los libros es una realidad que ellas viven como dramática, sin la posibilidad del alejamiento de otros personajes a don Quijote que les permita la risa y la ironía de las locuras del personaje. Son estos personajes que encarnan la asimilación de un estereotipo cultural que es imposible sobrepasar porque el miedo a la realidad ha ganado la batalla sobre los deseos. De nuevo, los libros, las ficciones y las lecturas no son simples descripciones del mundo, sino que crean al mundo mismo.

CONCLUSIONES

Hace bastantes años, Jonathan Culler se preguntaba sobre si había alguna diferencia si el lector de un texto es hombre o mujer¹⁷, pero lo que se denominó Estética de la Recepción, siguió siendo tan utópica como lo había sido hasta ese momento, sin preocuparse por cuestiones de género, raza o clase, ignorando todo el contexto «político» que se juega en la arena de un texto. Más bien serían los Estudios Culturales los que decididamente investigaran la cuestión de la recepción como un proceso anclado en las experiencias vitales de las personas, que nunca permanecen ajenas a esas determinaciones, pero su *corpus* de estudio no fue tanto la literatura tradicional como los textos mediáticos (y como tales «devaluados») y los considerados «cultura popular».

¹⁷ J. Culler (1984), 42.

Por otra parte, la crítica feminista ha centrado su atención sobre todo en la lectura de textos escritos de mujeres y centrandolo, en la mayoría de los casos, la lente crítica en la cuestión de la escritura de mujeres.

Entre todos estos planteamientos sigue quedando un vacío: la cuestión de la recepción y la lectura. La cuestión es ¿podemos pensar que hay diferencias en las maneras de interpretar los textos que se deben a las diferencias de género, o mejor, a las diferentes formas de ver el mundo según seas adscrito a uno u otro género? ¿Usan de forma diferente los hombres y las mujeres los textos literarios? Desde luego, existen algunas buenas razones para, al menos, intentar su análisis aunque sea esta una tarea difícil de llevar a cabo. ¿Qué interés puede tener? Tal vez lo más importante sería conseguir que los textos dejen de ser esos objetos intocables que hablan con una sola voz, porque, de hecho sabemos que esto no es así. ¿Qué ganaríamos? Quizás eliminar ese pavor ancestral de las mujeres a los textos de «alta cultura» de los que sistemáticamente nos ha privado la Academia. La filosofía ha sido cuestión de hombres, la crítica literaria también... Creo que apelar a la recepción como un conocimiento también «situado», es importante para librarnos de la cuestión de la «ansiedad de la influencia» que han producido, no los clásicos, sino sus interpretaciones.

En este trabajo he intentado hacer una modesta aproximación a la cuestión de la lectura y la recepción de las mujeres. No he querido hacer un trabajo histórico (seguramente saldría mal parada del intento), ni tampoco filológico. Sólo he querido desarrollar una idea sobre cómo Cervantes refleja el sentir de las mujeres frente a los textos, basándome en algunos datos a los que podemos acceder desde la historia y la filología. He querido recoger esas miradas cruzadas, esos diálogos entre mujeres y de mujeres frente a la ficción, que en muchos casos nos permite alejarnos de una visión pesimista de la realidad y de la historia.

BIBLIOGRAFÍA

- BARTHES, Roland: *El placer del texto y lección inaugural*, México, Siglo XXI, 1989.
 BERNÁRDEZ, Asunción: *Don Quijote, el lector por excelencia. Lectores y lectura como estrategia de comunicación*, Madrid, Huerga y Fierro, 2000.

- CÁTEDRA, Pedro y ROJO, Anastasio: *Bibliotecas y lecturas de mujeres. Siglo XVI*, Instituto de Historia del Libro y la Lectura, Salamanca, 2004.
- CAVALLO, Guglielmo y CHARTIER, Roger: *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Madrid, Taurus, 1998.
- CULLER, Jonathan: *Sobre la desconstrucción. Teoría y crítica después del estructuralismo*, Madrid, Cátedra, 1984.
- DADSON, Trevor J.: *Libros, lectores y lecturas*, Madrid, Arco Libros, 1998.
- FOUCAULT, Michel: *Las palabras y las cosas*, México, Siglo XXI.
- FOUCAULT, Michel: *El orden del discurso*, Barcelona, Tusquets, 1978.
- FRENK, Margit: *Entre la voz y el silencio*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1997.
- GUBAR, Susan: «La página en blanco y los problemas de la creatividad femenina», en Fe, Marina (coord.), *Otramente: lectura y escritura feminista*, México, Fondo de Cultura Económica, 1999.
- RODRÍGUEZ MARÍN, Francisco: *Don Quijote en América en 1607*, Madrid, Tip. de la Revista de Archivos y Museos, 1921.
- SALOMON, Noel: «Algunos problemas de la sociología de las literaturas de lengua española», en AA.VV. *Creación y público en la literatura española*, Valencia, Castalia, 1974.
- SEGURA GARAIÑO, Cristina: «La educación de las laicas en la Baja Edad Media. Cultura de hombres, ¿cultura de mujeres», en Segura Garaiño, Cristina (ed.), *Leer y escribir I. La educación de las mujeres: ¿libertad o subordinación?*, Madrid, Al-Mudayna, 1996.
- SODRÉ, Muñiz: *Reinventando la cultura*, Barcelona, Gedisa, 1998.
- VARELA, Julia: *El nacimiento de la mujer burguesa*, Madrid, Endimión, 1997.